

"El deber es lo que esperamos que hagan los demás".

Oscar Wilde.

Quienes me conozcan un poco, sabrán que no soy afecto a la Navidad; incluso, algunos me han de tachar de Grinch. Yo no me considero antinavideño, simplemente, no me siento a gusto participando es esta farsa.

Mi interés inicial en el minimalismo se debió a la decepción (por no decir, al asco) que me causó una celebración navideña. Pero eso ya lo contaré en otra ocasión.

Ahora sólo quiero centrarme en un punto.

Como siempre, Oscar Wilde tiene razón. Tomo la frase con la que abrí el artículo para ilustrar el punto al que me refería en el párrafo anterior:

Los adultos solemos inculcar a los niños el siempre decir la verdad. Sin embargo, no predicamos con el ejemplo.

Voy a entrar a una cuestión muy delicada. Quizá algunos digan que mi opinión es así porque no tengo hijos, pero nada más alejado de la realidad.

Como en la introducción de El principito, excuso a los adultos, pues no lo hacen con mala intención, simplemente, es el chip que se ha heredado de generación en generación.

Y, ¿cuál es esa mentira?

Yo la llamo, la GRAN MENTIRA: Que los juguetes que aparecen "mágicamente" a los pies del árbol de Navidad, ya sea el 25 de diciembre o el 6 de enero, es obra de unos bondadosos seres (que vigilan a los niños todo el año para calificar sus méritos) con créditos inimaginables siquiera para una tarjeta American Express Gold.

Suele racionalizarse (de hecho, es casi la única defensa) como el que "Es una ilusión para los niños".

Sinceramente, no queremos ver la realidad porque nos conviene seguir este juego.

Lo más triste es que tratamos de hacer tontos a los niños, pero, al final, los

tontos son los adultos.

¿Por qué?

Las dos razones principales para que exista y se perpetúe esta tradición, a mi juicio, son:

1. Comercial. Nada nuevo, lo sé. Pero imagínense lo que ganan las jugueterías (en estos tiempos, Apple, Nintendo...) en estos dos meses.
2. Esta otra no es tan obvia, pero sí la peor: MANIPULACIÓN. No sólo se les dice a los niños, en cualquier época del año, que si no se portan bien (es decir, si no hacen lo que los adultos queremos), ni Santa Claus, ni los Reyes, ni Steve Jobs, ni Bill Gates les traerán nada (al menos, nada nuevo...quizá un modelo viejo, de seis meses antes), sino que ese Gordo y los otros tres tipos con elefante, camello y caballo, están viéndolos y no hay forma de engañarlos. Vaya, ni siquiera los padres toman la responsabilidad de que ellos son quienes ven y quienes deciden, sino que usan un arma muy desleal. Con esta "educación", es fácil manipularlos de más grandes, con cosas como "Si te agarras el pirrín, Diosito lo ve, y te va a castigar con sífilis o gonorrea".
3. LA VENGANZA. Pues, ya que los padres manipulan a los niños, la mercadotecnia lo hace con los padres, quienes suelen estar de chillones desde la cuesta de enero.

Y así, se perpetúa (disculpen por el abuso del vocablo) la manipulación.

¿QUIÉN PIERDE?

¿QUIÉN GANA?

Sé que después de esto muchos (es decir, muchos de los que leen el blog; o sea, serán como dos otras personas al final) se unirán a mi club de antifans.

Sin embargo, quiero que sepan que no lo hago con mala intención. Además, les dejaré una reflexión mucho más suave y constructiva de Pedro Campos, de La vida Minimal:

lavidaminimal.com/2017/11/27/abrazo

No quiero que se queden con la idea de que no deben fomentarse las ilusiones de los niños...es indispensable hacerlo, pero no en tarugadas que sólo benefician a los adultos (a las empresas), sino a los propios niños. No creo que haya ilusión

más linda para ellos que inculcarles el amor por la vida, por la magia real que hay en cada rincón de este planeta (incluso, en estos tiempos de pandemia inventada).

Un abrazo (nada navideño, por supuesto) para todos.